

SOPA DE LIBROS

Gianni Rodari

Los traspíés de Alicia Paf

Ilustraciones
de Montse Ginesta



ANAYA

Alicia

Paf



Ésta es la historia de los traspíes de Alicia Paf, que, paf, se caía siempre y por todas partes.

El abuelo iba a buscarla para llevarla al parque:

—¡Alicia! ¿Dónde estás, Alicia?

—Estoy aquí, abuelo.

—¿Dónde?

— En el despertador.

Pues sí: había abierto la portezuela del despertador para curiosear un poco y había ido a parar entre los engranajes y los muelles, y ahora tenía que ir saltando continuamente de un punto a otro para que no la arrastrasen todos esos mecanismos que se disparaban haciendo tic tac.

En otra ocasión, el abuelo la buscaba para darle la merienda:

—¡Alicia! ¿Dónde estás, Alicia?

—Estoy aquí, abuelo.

—¿Dónde?

—Justo aquí, en la botella. Tenía sed y me he caído dentro.

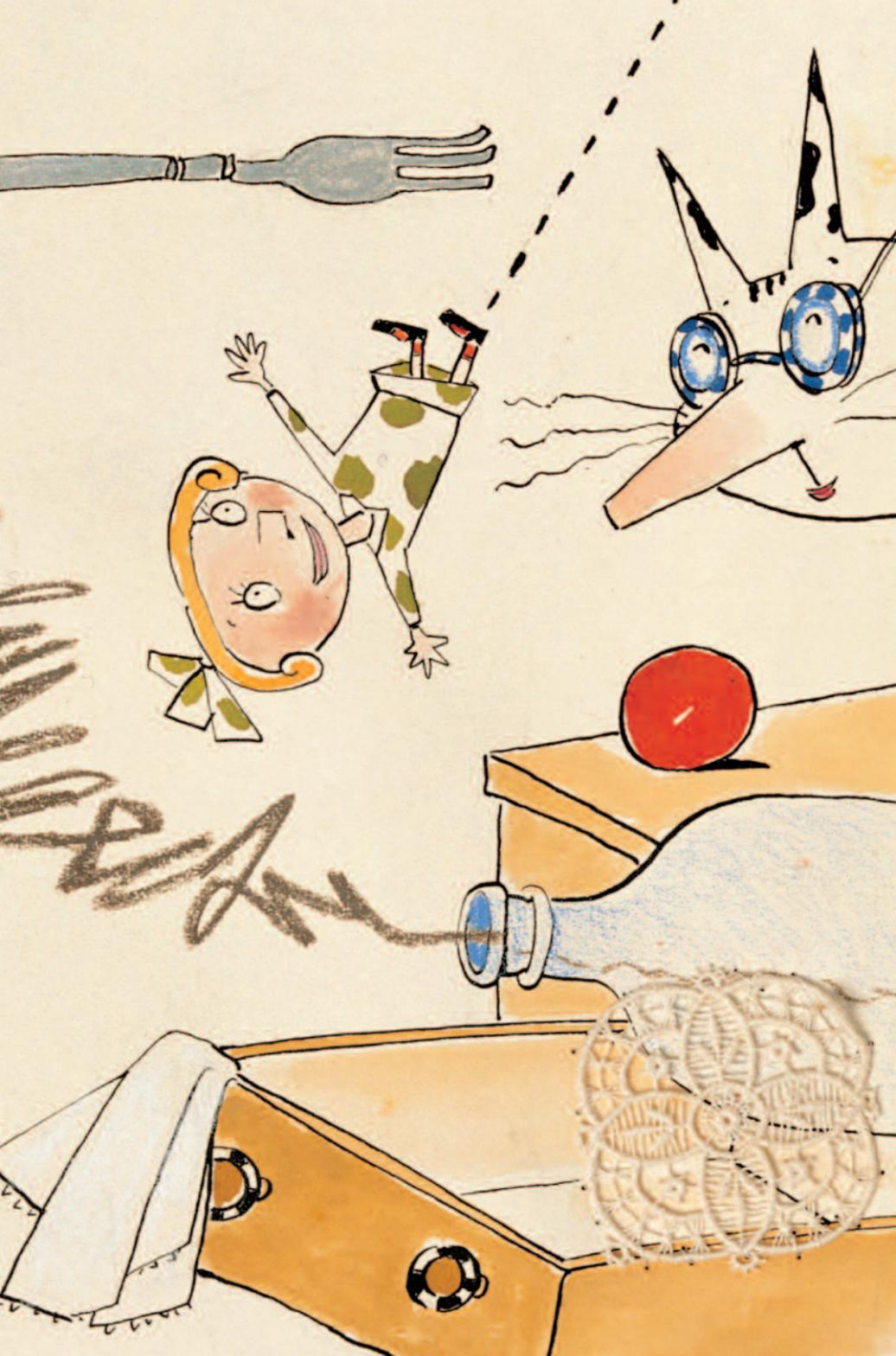
Y allí estaba, nadando afanosamente para mantenerse a flote. Por suerte, el verano pasado, en Sperlonga, había aprendido a nadar a braza.

—Espera, que te saco de ahí.

El abuelo metió un cuerdecita dentro de la botella, Alicia se aferró a ella y trepó hasta la boca con destreza. Era buena en gimnasia.

En otra ocasión, Alicia desapareció. La buscaba su abuelo, la buscaba su abuela, la buscaba una vecina que iba siempre a leer el periódico del abuelo por ahorrarse dinero.

—Pobres de nosotros si no la encontramos antes de que vuelvan sus padres del trabajo —murmuraba la abuela, asustada.



—¡Alicia! ¡Alicia! ¿Dónde estás, Alicia?

Esta vez no respondía. No podía responder. Husmeando en la cocina se había caído en el cajón de los manteles y de las servilletas y se había quedado dormida. Alguien había cerrado el cajón sin reparar en ella. Al despertarse, Alicia se encontró a oscuras, pero no tuvo miedo: tiempo atrás se había caído en un grifo y allí sí que hacía frío.

12

«Tendrán que poner la mesa para cenar —meditaba Alicia—. Y entonces abrirán el cajón.»

Sin embargo, nadie pensaba en la cena, precisamente porque Alicia no aparecía. Sus padres habían vuelto del trabajo y regañaban a los abuelos:

—¡Así es como la cuidáis!

—Nuestros hijos no se caían en los grifos —protestaban los abuelos—. En nuestros tiempos se caían solamente de la cama y se hacían algún chichón en la cabeza.

Finalmente, Alicia se cansó de esperar.

Escarbó entre los manteles, encontró el fondo del cajón y comenzó a golpear con un pie.

Tum, tum, tum.

—Callaos todos —dijo el padre—; oigo que llegan golpes de alguna parte.

Tum, tum, tum, llamaba Alicia.

Qué de abrazos, qué de besos cuando la encontraron. Así que Alicia aprovechó en seguida para caerse en el bolsillito de la chaqueta de su padre y, cuando la sacaron de allí, le había dado tiempo para emborrionarse toda la cara jugando con el bolígrafo.

